

La sociología y la crítica cultural en Santiago de Chile intermezzo dialógico: de límites e interinfluencias ¹

Ana Del Sarto *

Santiago de Chile, de los 90 a los 80: quisiera buscar conexiones entre un presente marcado por el signo contingente del consenso y, por lo tanto, del olvido cómplice, y un pasado que conmina al recuerdo. Quisiera recorrer en un itinerario a la inversa un camino varias veces transitado, no solamente por críticos culturales, escritores y artistas sino también por algunos sociólogos y filósofos. Quisiera articular las recíprocas influencias entre ciertas líneas del discurso sociológico, específicamente el de José Brunner y el de Tomás Moulian, y el anti-proyecto de “crítica cultural” de Nelly Richard, surgido en torno a las prácticas culturales de la escena de avanzada.² Quisiera analizar las productividades y ociosidades de este diálogo tanto en términos disciplinarios (críticas desde las humanidades a las ciencias sociales y viceversa) como anti-disciplinarios (configuración de un espacio de debate en el que se realza la labor y práctica del intelectual durante este fin de siglo). Por último, quisiera trazar los aportes realizados como consecuencia de este debate al surgimiento de ciertas maneras de aproximarse y estudiar la dimensión cultural, en sus diferentes acepciones como “crítica cultural”, “estudios culturales” o “estudios y otras prácticas latinoamericanas sobre cultura y poder” en América Latina.

A partir de interpelaciones mutuas a un diálogo que podría haber sido “cómplice” —en palabras de Richard—, tanto la sociología como la crítica cultural saldrían modificadas. Me interesa comprender no sólo cómo la sociología, discurso hegemónico del “Chile de la Transición”, se hunde día a día en una “crisis de discurso radical”, sino también cómo la crítica cultural se reconfigura como heredera de la avanzada, postulándose como un discurso teórico-crítico alternativo radical. En definitiva, me interesa analizar la relevancia, pertinencia y aportes que este debate nos lega hoy en día. En una entrevista realizada en septiembre de 1997, Richard afirmó categóricamente: “me parece que con ese diálogo, las ciencias sociales se desarticulaban totalmente[...] que al menos aquí en Chile, están en crisis de discurso radical”. Pareciera que la visión de Richard quiere olvidar, por un momento, el proceso de transformación sufrido por el proyecto de la avanzada como consecuencia de este mismo diálogo, por lo que habría que complementar esta cita comentando que no sólo ciertas tendencias de la sociología chilena —especialmente la articulada en torno al departamento de sociología de la Universidad Arcis dirigido por Moulian— saldrían modificadas de este “frustrado diálogo cómplice”, sino que también el proyecto neo-vanguardista y deconstructivista elaborado por Richard, sobre dichas prácticas de la avanzada, se reformularía en su actual propuesta de crítica cultural articulada en torno a su *Revista de Crítica Cultural*.

Reconocimiento de la crisis: cambio de piel(es)

En la década de los 90, el discurso sociológico, atendiendo a una de las críticas formuladas por los restos de la avanzada desde los últimos años de los 80, autocuestiona sus rígidos límites y autocritica su anquilosado uso del lenguaje: renueva sus estrategias discursivas, mezcla distintos códigos y registros, juega con los signos, retuerce las figuras retóricas, parodia las técnicas del “neo-ensayo”.³ Todo ello como consecuencia del intercambio dialógico sostenido por varios sociólogos con la avanzada en 1987. Diez años después, en 1997, aparecen públicamente dos textos sociológicos que intervienen en este debate: *Chile Actual. Anatomía de un mito* de Moulian y “*Sobre el crepúsculo de la sociología y el nacimiento de otras narrativas*” de Brunner.⁴ Ambos textos, aunque utilizan estrategias discursivas y figuras retóricas disímiles, tratan de demostrar que el discurso sociológico ha entrado en crisis.

En “Del uso de la metáfora en este texto: ‘poniéndose el parche antes de la herida’”,⁵ Moulian justifica la necesidad de recurrir a “la poética” dentro de un discurso (la sociología) que se mantuvo casi siempre ajeno a ella, para dar cuenta de “una época plagada de experiencias límite, trágica para muchos” (Moulian, 1997:7). Con el propósito de diluir las fronteras entre “el análisis social” y los “relatos cercanos a la ficción”, Moulian decide utilizar “las metáforas, no como aproximaciones retóricas sino como conceptos

pertinentes". Mediante el uso de esta estrategia discursiva, Moulian pretende "eludir el improductivo dilema dualista en que se intenta colocar a las ciencias sociales: la opción entre el texto ritualizado por el modelo académico predominante y el ensayo redescubierto por los 'novísimos teóricos'" (Moulian,1997:8). Si bien otorga la razón a Richard cuando ella "plantea [que la incapacidad de la sociología] de transgredir la canónica escritural ha impedido [a los sociólogos] avanzar más allá de la iluminación de realidades estudiadas", Moulian cree que "el futuro de la escritura sociológica se encuentra en la hibridez" (Moulian,1997:10); es decir, en una mezcla de registros (discursivos, narrativos, temáticos, metodológicos) provenientes tanto de la sociología como del "neo-ensayo". Por ello, decide "reaprender a escribir" en la brecha de estas contradicciones, jugándose "en la insinuación" (Moulian,1997:11).

Con "Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narrativas", Brunner interviene críticamente en este debate, aseverando que "puede ser que el lenguaje de la sociología haya dejado de hablar" (Brunner,1997:30), o que, al menos, "ya no tiene mucho que decir al mundo". Para demostrar su hipótesis -la sociología hoy en día sufre una crisis de lenguaje-, reconstruye ensayísticamente los orígenes de la misma "como [si fuera] la épica del surgimiento de la modernidad". En su momento fundante, la sociología se diferenciaba de los varios discursos que durante el XIX se habían mantenido entremezclados: "la filosofía, la historia, la literatura y el ensayo". No obstante, en este mismo proceso de "profesionalización", "la sociología prolongó algunos elementos del género de la epopeya, intentando por el contrario separarse de la evolución de la novela" (Brunner,1997:28). En definitiva, para Brunner tanto la novela como la sociología compartirían un mismo origen: la epopeya; sin embargo, sería sólo la sociología la que "repite su gesto [el de la epopeya], convirtiendo a las sociedades en actores épicos de la modernidad" (Brunner,1997:29).

¿Cómo se llegó a la "actualidad" de la post-dictadura, "hegemónicamente sancionada por las ciencias sociales al comienzo, y por las ciencias de la comunicación, las ciencias administrativas, la informática, la telemática, el saber del marketing y de la publicidad, posteriormente"? (Thayer, 1997, 5); es decir, ¿Cómo y cuáles fueron las premisas sobre las que se imaginó y rediseñó el contemporáneo "nuevo" orden social chileno? Comencé esta sección en un sentido cronológico inverso, dando saltos desde adelante hacia atrás e inversamente para demarcar sus puntos conflictivos, paradójicos, aporéticos. Esta estrategia me permite realzar múltiples pliegues de procesos entrecruzados, en los cuales se inscriben huellas del pasado y tajos analíticos en el presente de cuya imbricación resultan nuevos proyectos. Retomemos entonces esas huellas del pasado, ciertos trazos de la memoria incrustados intempestivamente por la crítica cultural en este presente del "Chile actual".

Interpelación y encuentro: localizaciones críticas enfrentadas

A mediados de los 80, como consecuencia de la crisis económica del modelo neoliberal impuesto por la dictadura, se produce una apertura socio-política y cultural. Frente a la necesidad de recomponer las fuerzas sociales y políticas en torno a un "consenso anti-dictatorial", la sociología —disciplina que desde los 60 había sido el discurso hegemónico de reconstitución social y política nacional— comienza un proceso de reposicionamiento. Como consecuencia de la represión socio-política, la sociología auto-cuestiona sus propias tareas y desempeños: transforma sus objetos, metodologías y discursos tradicionales y comienza a interesarse en otras áreas, como la cultura, antes estudiadas por otras disciplinas (las humanidades, la historia de las ideas, etc.). En ese preciso momento, los estallidos y cortes estético-culturales provocados por la avanzada (reformulaciones de signos, trabajo con los significantes y torsiones de significados a partir de la intervención estetizante en lo cotidiano) interpelan al sector más renovador de las ciencias sociales, quienes estaban realizando el mayor relevamiento de actividades culturales en América Latina. En consecuencia, este último sector entra en diálogo con la avanzada, y muy especialmente con los textos de Richard, en torno a la discontinua e inconclusa historia que configuraron sus propias obras dentro del contexto dictatorial.

En enero de 1987, dentro del marco institucional provisto por FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), tiene lugar un Seminario en el cual se debate, en particular, el texto *Margins and Institution. Art in Chile Since 1973* y, en general, su contexto de producción. Como resultado, Richard compila las ponencias a dicho seminario en *Arte en Chile desde 1973. Escena de avanzada y sociedad*,

donde se plasman “las posiciones disparejas que ocupaba cada sector en el mapa de la recomposición socio-cultural” (Richard,1994:73). En un principio, su intención era “formalizar el marco de una discusión”. Lo que en realidad se consiguió, según Richard, fue “objetivar los supuestos que trabajaron el desencuentro o el encuentro equívoco” (Richard,1989:28); es decir, se enfrentaron dos concepciones divergentes, aunque en ciertos aspectos yuxtapuestas, sobre el análisis de la dimensión cultural. En realidad, los representantes de las ciencias sociales presentes en el seminario fueron pocos, entre los cuales se encontraban Brunner, Norbert Lechner y Martín Hopenhayn. Sin embargo, ellos fueron los gestores del cuestionamiento del discurso sociológico heredado (moderno), por desconfiar tanto de las “racionalizaciones totalizantes” (Richard,1994:74) como de “los grandes proyectos de modernización” (Richard,1994:73). Fueron ellos, así, los que construyeron un nuevo “macro-discurso” capaz de abrir los futuros caminos hacia la transición democrática.

¿Cuáles fueron, desde la perspectiva de Richard, los temas debatidos y las posiciones criticadas por la sociología? En general, giraron en torno a la naturaleza “neo- y/o postvanguardista” de la avanzada y a las consecuencias implícitas en esta conceptualización: la celebración del margen y/o de la marginalidad (Richard,1987:65), el supuesto de “una institucionalidad unidimensional” y homogénea a la cual transgredir (Richard,1987: 28), la falta de articulación entre las condiciones de producción artística y su posterior circulación y consumo (es decir, cómo negociar la inserción en el mercado o cómo constituir un mercado alternativo) (Richard,1987:29 y 63), la tendencia a “homologar lo constituido con lo estigmatizado y a identificar lo conceptualizador con reificante” (Richard,1987:93). Evidentemente, la crítica más recurrente se dio en torno a la estrategia de la automarginación postulada por la avanzada, y a partir de la cual Richard celebra tanto la nomadología destructiva (posmoderna) inherente a este posicionamiento, como la “distancia” (moderna) que desde ella se gana para poder transgredir la “institución”.⁶ Como contrapolítica espacial propuesta desde la “tensionalidad crítica del límite” (Richard,1994:65), la avanzada practicó un “fuera de marco” que, según Richard, “puede ser ambivalentemente leído como *infracción* (negarse a la clausura y atentar contra la sobrevigilancia de los cierres) o *desamparo* (carecer de apoyo estructural de una base de operaciones)” (Richard,1989:11). Es decir, se concibe al margen como sitio creador de ambigüedades y paradojas. Por ello, asevera Richard, “el margen se juega en diferentes registros que a veces se confunden para generar lecturas ambivalentes y hasta contradictorias” (Richard,1989:26).⁷ Sin embargo, para Brunner, esta posición límite refiere específicamente a “la ‘glorificación’ o la ‘ritualización’ de los márgenes en tanto ‘cautiverio feliz de los excluidos’” (Richard,1989:26). En definitiva, según Richard compiten dos intencionalidades de lectura frente a la automarginación: desde la estética, “se productiviza el margen como práctica de los bordes o como simbólica de lo fronterizo, que se realizan en las figuras *descentradas* de un imaginario nómada (social, estético, sexual, nacional) rebelde a las sedentarizaciones de poder y amante de la deriva” [¿*locus* postmoderno?]; mientras que desde la sociología, “se castiga por la resignación a la pasividad o inoperancia de ser un espacio retraído e incomunicado, incapaz de quebrar la externalidad de su ‘fuera de juego’ respecto de los circuitos de consumo masivo o de comunicatividad social vigentes” (Richard,1989:27) [¿*locus* moderno?].

Permítaseme un comentario con respecto a la contradictoria, y muchas veces paradójica, estrategia de automarginación. Primero, si la avanzada se postulaba como gestora de prácticas marginales, pregunto ¿Por qué y para qué estaban tan interesados en buscar el reconocimiento de un discurso hegemónico como lo era el de la sociología? O, dicho en otros términos, ¿Para qué buscarían un acceso a la centralidad? ¿Buscarían devenir hegemónicos? De ello resulta la segunda paradoja: si se considera, siguiendo el análisis de Richard, que lo central, lo hegemónico, lo institucional, lo simbólico es por naturaleza represor, castrador, reificante, ¿Por qué pretender ingresar a ese orden y adquirir el mismo status que están queriendo transgredir? ¿Para qué convertir el proyecto de la avanzada en parte de aquel orden que precisamente sus obras y prácticas estaban criticando, buscando no sólo intervenir sino alterarlo y, a la vez, ser parte de él? Como consecuencia de esto último, y teniendo en cuenta que la posición marginal, según Richard, es el sitio de la productividad desterritorializante, acceder al centro, convertirse en hegemónicos significaba de por sí reterritorializarse, es decir, despojarse de la posición marginal de la cual proviene, según su teoría, la productividad de las diferencias. Esto explica por qué la avanzada estaba tan interesada en dialogar con la sociología. Precisamente, porque para ella, las ciencias sociales no sólo conformaban “un campo académico-disciplinar (articulado en torno a su

principal centro de estudio, FLACSO), sino también [porque eran el] referente político-institucional de la llamada 'izquierda renovada' en Chile" (Richard,1989:27). La nueva izquierda era precisamente uno de los referentes que situaba a ambos grupos frente a sus enemigos comunes, tanto de la derecha (Pinochet y su dictadura), como de la izquierda tradicional y ortodoxa (el PC, el PS tradicional y las distintas líneas progresistas de la Democracia Cristiana). Es decir, la avanzada fue interpelada por el discurso sociológico en tanto "novedad [teórico-política] en la escena progresista" (Richard,1989:27), ya que había sido el "primer polo de estructuración político-cultural particularmente activo en el debate democrático" (Richard,1989:27), aunque también hay aquí que recordar que la avanzada buscaba la legitimación de un discurso hegemónico con el propósito de mantener abierto un espacio en el cual el arte y la literatura (la estética) pudieran seguir desarrollándose como prácticas del disenso. Esta sería la atracción que la sociología presentaba a la avanzada, aunque esta última paradójicamente buscaba una alianza sin estar dispuesta a negociar consensos. ¿Podría, entonces, el proyecto de la avanzada aceptar ser subalterna de las ciencias sociales?

¿Meros intercambios protocolares?

En ese momento, en Chile "había una urgencia de 'elaboración intelectual [...] motivada por una crisis de discursos que los obligó [a ciertos intelectuales] a una reformulación teórica'" (Richard,1989:27). Bajo la dictadura, se habían sucedido una serie de experiencias límite (represión, vigilancia, desaparición, muerte) que necesitaban no sólo de lenguajes capaces de expresarlas y comunicarlas sino también de marcos teóricos y cuerpos doctrinales con los cuales poder analizarlas, comprenderlas y tratar de alterarlas. La Universidad, intervenida, no estaba capacitada para desarrollar estos propósitos; por lo tanto, ante dicha urgencia surgen facultades (como FLACSO), institutos (como ILPES [Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social] y Arcos/Arcis), centros (como CENECA [Centro de Indagación y Expresividad Cultural y Artística]⁸) y grupos independientes (como la avanzada) que dedicarían su atención a analizar estas circunstancias límite y a tratar de cambiar su curso o alterar las condiciones de su producción.⁹ Aquí es interesante destacar una confluencia de procesos: mientras al interior de Chile se daba este proceso de reformulación teórica y práctica sobre sus experiencias concretas (es decir, mientras se buscaba reformular lenguajes, marcos teóricos y cuerpos doctrinarios para comprender y alterar esa crisis en particular), a nivel internacional, o más precisamente en los centros metropolitanos, se estaba cuestionando la validez de los macro-relatos modernos (como por ejemplo el marxismo, el estructuralismo francés y la crítica cultural de la Escuela de Frankfurt) para comprender los distintos caminos posibles para explicar y alterar los cambios sociales que se estaban produciendo. Me refiero al productivo, aunque no menos conflictivo, debate "modernidad/posmodernidad" iniciado en las metrópolis con repercusiones variadas en las periferias

En el mismo momento en que el pensamiento moderno occidental había alcanzado sus propios límites, esos mismos límites fueron cuestionados por la emergencia del pensamiento posmoderno. Esta metacrítica intra-modernidad, tal cual fue practicada dentro de y desde los centros metropolitanos, enunció discursos que interpelaron a ciertas agencias locales (periféricas) resistentes o rebeldes que los adoptaron, adaptaron e hibridaron aún más, recontextualizando dichos discursos a su propia situación concreta.¹⁰ El inicio del "fin de los macro-relatos" problematizó ciertas categorías y/o conceptos absolutos y sus binarismos subyacentes, estableciendo una "crisis de homogeneidad del sujeto centrado de la modernidad, fractura de los paradigmas (razón y progreso) que guiaban las empresas historicistas, desintegración del 'lazo social' y fragmentación del nexo a las totalidades de saber o poder" (Richard,1987:307).¹¹ En Chile, la conjunción de estas crisis provocó distintas respuestas: aquellas que *reorganizaron* estas nuevas perspectivas, ya apropiándose las o cooptándolas, y estableciéndose así como rectoras de un nuevo orden hegemónico (es el caso de las ciencias sociales, específicamente la sociología renovadora); y aquellas que, como la crítica cultural, los estudios culturales o los estudios y otras prácticas latinoamericanas sobre cultura y poder, se constituyeron en discursos metacríticos resistentes, es decir, se establecieron como prácticas críticas de la crítica, cuestionando precisamente esas articulaciones hegemónicas.¹²

En el contexto específico del diálogo entre la avanzada y la sociología renovadora, el debate

modernidad/posmodernidad influiría de maneras dispares. Según Richard, ambos grupos partirían de macro-relatos diferentes: “un doble corpus de referencias (esquemáticamente: post-marxismo en las ciencias sociales, post-estructuralismo en la teoría de arte)” (Richard,1989:27-28). Si bien “se esperaba algún tipo de intercambio crítico” (Richard,1989:28) entre la sociología y los restos ya diseminados de la avanzada, “los contactos entre ambos sectores resultaron más bien protocolares” (Richard,1989:28). ¿Por qué, según Richard, este intento de “diálogo cómplice” sólo resultó en meros “intercambios protocolares”? ¿Es que no se desarrolló un debate crítico entre ambos grupos a partir del cual se plasmaran posiciones ideológicas contradictorias? ¿Por qué, aún en 1989, parecía no haberse llegado al meollo o a los nudos rizomáticos de dicho desacuerdo?

Reformulaciones teórico-críticas: irrupción de la “crítica cultural”

En 1989, año en que Richard publica *La estratificación de los márgenes*, libro en el cual reinterpreta algunas diferencias que se habían logrado dilucidar a partir del seminario del año 87, todavía no se lograba concertar ni superar los “presupuestos ideológico-culturales” (Richard,1994:69) de base postulados a través del debate de fondo. Los herederos de la avanzada seguían postulándose como víctimas marginales, ya que, según Richard, no sólo se “prescindía de todo respaldo institucional o soporte organizativo”, sino que al recortar su proyecto “sobre un campo inarticulado, [se encontraba] privada del acceso a los aparatos comunicativos” (Richard,1989:29). Al contrario, las ciencias sociales no sólo recibían apoyo financiero de instituciones internacionales, sino que “después de la crisis logran fácilmente reinstalarse con todo el peso institucional y la autoridad académica que les correspondía antes de su marginación universitaria” (Richard,1989:28). Pues bien, ¿Cuál era hasta ese momento el desencuentro dilucidado por Richard? Según Richard:

Para la “avanzada” —al menos, tal como aparece consignado en el recuento del Seminario— los encuadramientos de la sociología demuestran conformismo en su manera de obedecer las leyes de integración del fenómeno artístico a las dominantes del mercado o de la comunicación social, y de reafirmar incluso el poder *adaptativo* de sus determinaciones y determinismos. (Richard,1989:29)

Contradicción inconsciente o paradoja construida: los restos de la avanzada nunca habrían aceptado “obedecer a las leyes de integración del fenómeno artístico a las dominantes del mercado [ni] de la comunicación social”, ya que ello hubiera implicado perder el productivo y privilegiado *locus* de la automarginalidad. Según Richard, luego del Seminario el diálogo no sólo se estancó sino que se frustró: prevaleciendo “el recelo y la desconfianza mutua” (Richard,1994:74). Para Brunner, las relaciones del intercambio habían sido “diversas según los casos y los momentos, pero siempre tenues, incluso reticentes. Ello se debió, antes que todo, a los proyectos institucionales diversos que inspiraban a las ciencias sociales alternativas y a esas expresiones artísticas” (Brunner,1990:23).

En ese momento, no obstante, ya comenzaba a atisbarse el nacimiento de un nuevo proyecto desde el cual contraatacar al reformulado “humanismo crítico” y adaptativo de las ciencias sociales: estos son los orígenes de la “crítica cultural”, heredera directa de las energías críticas de la avanzada. La singularidad de este proyecto, tan anti-programático y anti-institucional como el de la avanzada, consistiría “precisamente en su *intraducibilidad* a los reticulados operacionales que fijan las distintas racionalidades administrativas, científicas, institucionales o políticas”. En efecto, Richard establece el límite entre un discurso instrumental, portador de una “economía funcionalista del sentido” y de “una lógica interpretativa” frente a “un arte de la disfuncionalidad”, un arte del estallido postulado como “excedente simbólico-metafórico” que “prefiere reventar en signos/acontecimientos a ser compactado como *mensaje* por la razón práctica y funcionaria de los ideólogos” (Richard,1989:30).

Sin embargo, y aquí comenzarían muchos de los problemas actuales de la “crítica cultural”, al tener que formular formal o categorialmente ese nuevo proyecto, Richard aceptaba —quizás inconscientemente— ciertas premisas epistemológicas que transitivamente estarían en contradicción con sus premisas anteriores: automarginación, antidisciplinarietà, transgresión institucional. Tal como se demuestra en este trabajo, aún cuando Richard y Brunner nieguen haber establecido un diálogo

cómplice, hubo sin duda un intercambio crítico¹³ a partir del cual ambos discursos salieron modificados: ciertas tendencias de la sociología, a fines de los 90, reconocen su “crisis radical de discursos”, aunque no de proyectos; la “crítica cultural”, por su lado, surge como anti-proyecto, precisamente, de la interacción práctica con esos intelectuales. Para ello tuvo que incorporar diversos elementos del análisis sociológico, a saber, el tratamiento de ciertos temas (como “lo popular”, “lo urbano”, “los saberes disciplinarios”, “las identidades”), aunque desde distintas perspectivas y enfoques, y de ciertas premisas epistemológicas (la construcción teórica de un objeto determinado con presupuestos prácticos que en un principio fueran compartibles).¹⁴

Recién a comienzos de la década de los 90, específicamente en *La insubordinación de los signos* (1994), Richard abordará el debate de fondo entre las ciencias sociales y la avanzada, a saber, las repercusiones del debate modernidad-posmodernidad en la periferia. Según Richard, las “micropoéticas del acontecimiento y del desarreglo” de la avanzada, de haber sido comprendidas y legitimadas por la sociología, podrían haberse convertido en ejemplos concretos de los cambios que se estarían produciendo con el advenimiento de la posmodernidad en la periferia. ¿Por qué recién en 1994, al menos para Richard, fue posible enunciar y demarcar esta zona conflictiva? En un principio, Richard y, quizás, los sociólogos, habían creído que la condición o el horizonte “post” compartido por ambos grupos era una razón suficiente para establecer la posibilidad de una alianza. Es a partir de esa base que Richard busca establecer el diálogo cómplice. Sin embargo, una vez que entran en diálogo, se pone de manifiesto no sólo que parten de distintos “macro-relatos” (las ciencias sociales utilizarán a la cultura como campo y dispositivo estratégico a partir del cual cuestionar lo político, lo social y lo económico desde un reformulado “post-marxismo”; mientras que la “avanzada”, ferviente representante del desconstruccionismo y de las filosofías del deseo, intentará intervenir lo político, lo social y lo económico desde la estética), sino que concomitantemente a esta diferencia teórica, se explicitará el hecho de que ambos grupos tenían programas y objetivos diferentes. En este sentido, la condición “post” no alcanzó para producir dicha alianza, puesto que no se compartían ni programas ni objetivos. La sociología renovadora aspiraba a generar consensos (líneas de fuerzas) en torno a los cuales reconstituir un orden social hasta ahora desintegrado, mientras que la avanzada se negaba precisamente a construir dichos consensos a través de prácticas que buscaban expresar y realzar el disenso (puntos de fuga).

¿En qué se basaron los desencuentros entre las “líneas de fuerzas” y los “puntos de fuga”, entre un discurso moderno (la sociología) y un pensamiento estético-crítico posmoderno (la crítica cultural)? ¿Cuáles eran y cuáles siguen siendo los desacuerdos que podrían haberse tensionado críticamente pero que, según Richard, fueron desatendidos por la sociología? Primero, “FLACSO y CENECA se impusieron en toda América Latina como los centros de investigación sociológica que efectuaron el más extenso relevamiento de los fenómenos culturales de países sometidos al poder autoritario” (Richard,1994:77). Por lo tanto, según Richard, eran los únicos que “podrían haber cumplido [el] rol de valorizadores” (Richard,1994:76). Segundo, la sociología de FLACSO propuso una renovación de los discursos hasta entonces elaborados por la sociología tradicional; eso implicaba “una desconfianza hacia los macrorrelatos sistematizantes de la teoría social” (Richard,1994:78). No obstante, “las ciencias sociales chilenas requerían hacer *confiable* el relato de su *desconfianza*, inscribiéndolo dentro del campo de conocimiento y re-conocimiento de un saber acreditado” (Richard,1994:79). Es decir, la sociología renovadora chilena, al reconquistar un sitio de prestigio dentro de América Latina, era la única capaz de “revisar el monopolio de lectura de las ciencias sociales cuya tradición hegemónica domina el pensamiento cultural latinoamericano” (Richard,1994:81). Desde la década de los sesenta, en América Latina, muchos de los representantes de las ciencias sociales cumplieron el papel de intelectuales orgánicos funcionales a determinados proyectos emancipatorios modernos. Como disciplina con una tradición académica y discursiva hegemónica dentro de las ciencias sociales, la sociología podría haber legitimado institucionalmente el valor cultural de las prácticas de la avanzada.

Diferencias insoslayables: interpretar versus experimentar

Para elaborar las diferencias entre la sociología renovadora y la avanzada, Richard contrapone dos imágenes del intelectual: por un lado, aquel inspirado “en la imagen del pensador como agente de cambio

social y político movilizado por el utopismo revolucionario” (Richard,1994:70); el intelectual que pone “su capacidad racionalizadora-sintetizadora de ideas e ideales al servicio del programa de luchas sociales y de enfrentamientos políticos modelizado por el instrumento revolucionario del partido” (Richard,1994: 89), (¿Intelectual orgánico moderno?); y por otro, a los creadores del “discurso de la crisis”, que “tuvo su expresión militante en un grupo de artistas plásticos y su adhesión en ciertos círculos de filósofos y literatos” (Richard,1994:70); un intelectual que “*sitúa* su crítica al poder en el interior de la multiplicidad dispersa de sus redes de enunciación y circulación buscando hacerlas estallar mediante tácticas oblicuas de resistencia *local* a las jerarquías del sistema” (Richard,1994:90), (¿Intelectuales sectoriales o expertos postmodernos?). En tanto, los primeros serían aquellos que producen *discursos ideológicos*, por lo cual están interesados en la “*interpretación del sentido*” (Richard,1994:71), los segundos estarían empeñados en el “desmontaje formal de las ideologías artísticas y literarias de la tradición cultural” (Richard,1994:70) a través de la exploración de “bordes de pensamiento que manifestaban un deseo de *experimentación con el sentido*” (Richard,1994:71).

“*Interpretación del sentido*” (“mirada de las ciencias sociales”) y “*experimentación con el sentido*” (prácticas teórico-críticas de la avanzada) refieren así a dos paradigmas crítico-hermenéuticos con implicancias ideológico-políticas y efectos sociales disímiles. Por un lado, los sociólogos con las “macrorracionalizaciones utilitarias” (Richard,1994:78) “preparaban el juego de los actores que iban a protagonizar la transición democrática” (Richard,1994:76), reorganizando las posibilidades de un nuevo “consenso”. Es decir, este grupo de sociólogos, según Richard, estaba interesado en reconstituir sujetos e integrarlos a un posible nuevo orden socio-político, reterritorializándolos. Por otro lado, la avanzada, mediante sus micro-poéticas dis-funcionales practicadas como “excedente o marca *inutilitaria*” (Richard,1994:76), se orientaban, a través de estallidos y disonancias, hacia la desestabilización tanto de la dictadura como de cualquier posible transición democrática pergeñada por los sociólogos-ideólogos. En efecto, interesada en la “insurgencia desde la dispersión, desde la pulsión y desde la aniquilación de la unidad” (Richard,1994:76), la avanzada proponía prácticas transgresoras y abría “puntos de fuga y clandestinaje” (Richard,1994:78) desterritorializantes. Al contrario, la sociología portadora de una “épica del metasignificado” (Richard,1994:79) aplicaba una “lógica explicativa” con “voluntad de *ordenar categorías*” y de “*categorizar desórdenes*” (Richard,1994:77), siendo consecuente con su interés en la realineación y cumpliendo “con los requisitos de un discurso financiado por las agencias internacionales” (Richard,1994:76). Es así como, la “crítica cultural”, invocando el antecedente de la difunta avanzada, se aherrojaba en el “minimalismo de la rotura” y en la “intempestividad” producida por el “temblor del acontecimiento estetizado” precisamente para producir un “desencajamiento de códigos”, un “desmontaje de las categorías” (Richard,1994:77) recorriendo claramente un itinerario “antilineal”, rizomático y desconstruccionista. “Es por todo esto que la sociología chilena de los 80 pudo ‘parecer moderna, demasiado moderna’ a los ojos de la ‘nueva escena’” (Richard,1994:81). En consecuencia, ¿Por qué, por lo menos para Richard, no pudo hacerse explícito lo que había estado implícito (propuestas de proyectos y objetivos diferentes) hasta mediados de los 90? ¿Cuáles eran los programas y objetivos contradictorios que obstaculizaron este “diálogo cómplice”? ¿Qué buscaban los sociólogos y la “crítica cultural”?

Intercambios críticos

A mediados de los 70, se hizo evidente una “crisis de discursos”: hacía falta elaborar lenguajes o “hablas” que no sólo fueran capaces de nombrar la crisis, sino también de proponer tránsitos o salidas a la misma. Los representantes de las ciencias sociales con los cuales la avanzada quiso entrar en diálogo, estaban liderados por Brunner. Este dato es interesante porque ya para mediados de los 90, el posible “diálogo cómplice” con la tendencia renovadora de la sociología se había reducido a un intercambio crítico personalizado entre Richard y Brunner. Por un lado, muchos de los sociólogos renovadores estimaron, luego de varias series de investigaciones con énfasis en lo cultural, que uno de los caminos posibles era la negociación o el pacto político. Para ello, utilizaron a la cultura como dispositivo a través del cual resolver la crisis de una determinada manera: “pactando consensos”, y para construir dichos consensos elaboraron diversas políticas integracionistas, todas ellas continuistas en lo económico y reformistas en lo social. Básicamente, proponían una solución política pactada que pudiera mantener incólumne el “éxito” del sistema económico. Por otro lado, la avanzada proponía una salida a través de

rupturas transgresoras que reformularan signos y desestabilizaran cualquier posible lógica. Al desear *experimentar con el sentido*, los artistas y escritores buscaban una salida estética desterritorializante: un “arte de la fuga”.¹⁵ En definitiva, este grupo había introyectado el discurso desconstruccionista y la filosofía del deseo (específicamente, Deleuze y Guattari), a partir de los cuales pretendían subvertir el orden dictatorial. No obstante, estos discursos postestructuralistas se instalan sobre una aporía: postulan estrategias anarquizantes con las cuales bloquean cualquier posibilidad de entrar en alianzas. Tanto lo político, lo social como lo cultural (¿Dónde quedará lo económico?) son meros planos discursivos sobre los que se puede actuar a través de una política de reformulación de signos capaces de intervenir el orden de lo simbólico. Es a partir de esta explicitación de proyectos que Richard dilucida las principales diferencias que los separan: la diferencia es entre diferentes “presupuestos ideológicos” (Richard,1994:69) debido a que el proyecto de la sociología renovadora es esencialmente moderno, en tanto el anti-proyecto de la avanzada sería posmoderno.

Durante el lanzamiento de *La insubordinación de los signos*, Brunner lee un comentario-presentación del libro denominado “Las tribus rebeldes y los modernos”. Alegando que el texto de Richard es una larga “conversación enhebrada por la autora: con sus anteriores escritos; con el pasado reciente de Chile, sus memorias y discontinuidades; con una parte de nuestras ciencias sociales; con diversos analistas de la cultura en el norte y sur de América”, Brunner se siente instigado “a hacerse parte de esa conversación de múltiples voces” (Brunner,1994a:172). Como participante del grupo de los sociólogos de la cultura, Brunner en este texto no sólo acepta la etiqueta de “moderno” sino que también acusa recibo de las críticas provenientes de la avanzada aunque comentando y reinterpretando muchas de ellas. En un principio reconoce que se lo está acusando de estar dentro del “pacto comunicativo de la cultura mayoritariamente compartido” y, por lo tanto, de ser “parte del orden que la ‘nueva escena’ pretendía alterar”. Allí, según Brunner, radicaría para Richard “el significado más profundo de los desencuentros” (Brunner,1994a, 173). Ahora bien, astutamente, Brunner enuncia un contradiscurso a partir del cual produce un doble desplazamiento: por un lado, desvía la discusión desde el presente actual, en el cual él está personalmente integrado al sistema, a una “actualidad anterior” —pasado dictatorial— en el cual las estrategias de cada uno de los grupos abrieron el camino para adoptar sus respectivas posiciones actuales; por otro lado, al centrar la discusión en el pasado, Brunner alude insidiosamente a la inserción funcional de ambas estrategias (tanto las de los sociólogos como las de la avanzada) bajo las políticas autoritarias de la dictadura. Mediante el primer desplazamiento, Brunner acepta que los sociólogos “a la Brunner”, a través de su “discurso moderno”, terminaran integrándose al sistema formando parte del bloque hegemónico, mientras Richard y la avanzada, a través de su estrategia de automarginación, terminaran siendo verdaderamente marginados, es decir, quedando completamente fuera del bloque hegemónico. En este sentido, Brunner acepta que la sociología no podía más que marginar a los sectores que no estaban dispuestos a negociar consensos. A través del segundo desplazamiento, no sólo justifica la necesidad de los sociólogos de buscar medios de apertura del sistema autoritario y de incorporación al futuro sistema democrático, sino que hace depender la existencia de la avanzada de la existencia de un régimen represivo, es decir, de un régimen autoritario del cual partiría no sólo su legitimidad sino también la mera posibilidad de existencia.

Para Brunner, en consecuencia, quien acepta los rótulos impuestos por Richard, este diálogo estuvo representado por dos grupos endogámicos a los cuales denomina “tribus”: “los rebeldes” (la “nueva escena”) y “los modernos” (los sociólogos). A su juicio, no había “ningún problema que debiera entañar conflictos entre [estas] tribus” (Brunner,1994a:174), ya que ambas posiciones eran complementarias más que contradictorias, en tanto:

La “nueva escena” apenas repara en lo que habitualmente nos ocupa a los sociólogos: los efectos de la acción sobre las relaciones sociales y, en particular, de las acciones comunicativas en el entramado de la cultura. Por el contrario, su análisis se dirige más bien a los micro-sucesos y se concentra en medida importante en la intención y los discursos del actor que ella analiza. (Brunner,1994a:173)

En efecto, para Brunner este diálogo no planteaba conflictos imposibles de resolver; simplemente ponía en escena una “controversia [...] una desavenencia entre los modos de pensar de los modernos y de los posmodernos”. Es decir, aquí no estaría “en juego una cuestión metodológica o de aproximación

disciplinaria”; más bien “las diferencias [...] se hallan en el terreno de las *políticas de la crítica cultural*” (Brunner,1994a:174): en el terreno social en el que se articulan proyectos y propuestas de acción. Para argumentar su posición, Brunner diferencia diversas líneas de acción política crítico-cultural. Entre los posmodernos (la avanzada), prevalecería una “estrategia que procura desmontar la función social de la razón (moderna)” y “un abandono de cualquier pretensión de ordenar significativamente el mundo en favor de la ilimitada expresión de las diferencias” (Brunner,1994a:174). En consecuencia, “la política crítico-cultural del posmodernismo [sería], en este sentido, más sensible a los signos de dislocación que a los efectos integrativos; [desconfiaría] de los sistemas y sus complejidades; se [descolocaría] frente a los juegos hegemónicos y [rechazaría] cualquier noción de progreso” (Brunner,1994a:175). Por el contrario, entre “los modernos”, se combinarían dos estrategias: primero, la que “se niega a abandonar la pregunta sobre qué es la razón que usamos, cuáles son sus efectos históricos, sus límites, pero también sus riesgos, peligros y amenazas (estrategia de los sociólogos culturales)”; y segundo, la de aquellos que reconocen que “la producción y expresión de las diferencias no proporcionan en sí solas una base de auténtica emancipación” (Brunner, 1994a:175). Brunner concluye este texto citando a Foucault: “la libertad es una práctica” y, como tal, hay que ejercerla. Con ello, acusa a los miembros de las “tribus posmodernas” de incurrir en un espejismo: “dan por liberador, rupturista o quebrantador del orden simbólico establecido, ciertos proyectos [sic] cuya intención es tal, pero cuyos efectos son inevitablemente más ambiguos” (Brunner,1994a:175).

¿Por qué Brunner acepta ser catalogado como “moderno” por Richard? ¿Por qué él mismo se autodenomina “moderno” cuando su proyecto incluye notorios componentes posmodernos? Desde mediados de la década de los 80, como lo analicé en la sección “Interpelación y encuentro”, Brunner comienza a explorar la dimensión cultural como el campo más apropiado para reestablecer un consenso anti-dictatorial que lograra abrir procesos hacia la transición democrática. En ese momento, Brunner estaba más interesado en diseñar posibles vías de acercamiento a la modernidad (con el claro propósito de que Chile, y por lo tanto América Latina, arribe a la añorada modernidad) que en cuestionar su propia naturaleza. Sin embargo, desde el gobierno de la Concertación iniciado en 1991, el pensamiento de Brunner —Secretario de Educación Pública del Presidente Patricio Aylwin— se desplaza hacia un abierto cuestionamiento de la modernidad periférica, refrendando y continuando por esa vía el neoliberalismo y la globalización de la cultura y la economía chilenas. Tanto los temas que tratará en sus estudios (la cultura como mercancía, el consumo y el mercado como determinantes de identidades actuales, la pérdida de densidad histórica, la globalización cultural, etc.) como los rasgos estilísticos y discursivos (la ironía, el pastiche, la parodia, la irrupción de lo estético-literario) son componentes plenamente posmodernos imposibles de ocultar. En *Globalización cultural y posmodernidad*, Brunner asevera que “la idea de la posmodernidad pretende expresar el estilo cultural correspondiente a [la] realidad global [del capitalismo tardío]. En consecuencia el de una cultura por necesidad descentrada, movable, sin arriba ni abajo, hecha de múltiples fragmentos y convergencias, sin izquierdas ni derechas, sin esencias, pluralista, auto-reflexiva y muchas veces irónica respecto de sí misma” (Brunner,1998:12).¹⁶

¿Por qué Richard entró en el juego ideológico de la catalogación? ¿Cuál era su objetivo? El juego ideológico que se materializó con los intercambios críticos entre Brunner y Richard tiene dos planos: por un lado, aceptan que las diferencias de los presupuestos de ambos proyectos (la sociología y la avanzada) son ideológicas; pero por otro, *Richard recurre a un procedimiento ideológico para explicar las marcas ideológicas de la posición de Brunner*. Es decir, el hecho de que Richard postule a las ciencias sociales y a Brunner como modernos y a la avanzada y a sí misma como posmodernos y, que Brunner refrende estas denominaciones al usarlas en su propio trabajo, son en sí mismos enunciados ideológicos: *ambos entran en un juego ideológico en el cual pretenden seguir re-ideologizando las diferencias ideológicas*.

Para finalizar, ¿En las culturas periféricas, como la de Chile, son los discursos y las prácticas culturales “modernas” incompatibles con los discursos y las prácticas “posmodernas”? En cierto sentido, se podría concebir a la teorización de Richard y a las prácticas de la avanzada como una reflexión crítica (metamodernidad) del mismo discurso sociológico (moderno y posmoderno a la vez). Por lo tanto, en *La insubordinación de los signos*, Richard estaría buscando establecer los límites y las paradojas del discurso sociológico sobre la transición chilena, para en sus pliegues (lo no-dicho) situar a las prácticas

teórico-críticas de la naciente “crítica cultural”.¹⁷ Si la condición “programada” de la transición es la marca del retraso (“moderno”) de las ciencias sociales y, si su condición “anti-teleológica” es la marca del adelanto (“posmoderno”) de la “crítica cultural”: ¿Estaría la “crítica cultural” ideológicamente incontaminada? Probablemente, Richard argumentaría que su proyecto no tiene metas ni objetivos ideológicos y emancipatorios de alcance nacional. Punto particularmente discutible. Creo que es necesario aclarar que Richard, animadora de la “crítica cultural” en América Latina, puede no tener propuestas concretas de alcance global (una nueva cultura, un nuevo estado o un nuevo orden social) en Chile, pero sí tiene objetivos globales implícitos. ¿Cuál es el propósito detrás de la búsqueda de un diálogo cómplice con la sociología? O, ¿Para qué editar una revista del calibre de la *Revista de Crítica Cultural*? Esta es la materialización de un proyecto en la misma medida que *Residuos y metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición)*, su último libro, es la teorización de sus objetivos implícitos.

Reflexiones finales

En esta última sección, me gustaría reflexionar sobre la pertinencia y la importancia de este “diálogo cómplice frustrado”, enhebrando ciertos puntos y líneas de análisis trazados y dejados a la deriva a través del contrapunteo de enfoques y posiciones que generó este texto. Como se infiere del desarrollo de mi análisis, las contribuciones entre la “crítica cultural” y la sociología renovadora chilena son mutuas y recíprocas: ambos proyectos se transformaron como consecuencia de proceso mismo de diálogo, construyendo aproximaciones y enfoques transdisciplinarios más apropiados o mejor equipados para el análisis de complejos fenómenos culturales. Las críticas y sugerencias más relevantes en términos de nuestro presente serían de interlocución doble. Por un lado, las ciencias sociales deberían prestar más atención y poner más énfasis en: las rupturas y los detalles; en lo precario y discontinuo, lo fugaz y evanescente; en la importancia de subjetividades e identidades marginales como reverso de lo constituido e integrado; en las irrupciones afectivas de lo reprimido. Deberían dejar su grandilocuencia de imposibles proyectos emancipadores, tomando conciencia de los distintos usos y experimentaciones que permiten los juegos con el lenguaje: tanto la retórica como la poética se configuran como medios indispensables para transgredir lo estatuido y desnaturalizar no sólo el propio lenguaje cotidiano sino también las estrategias instrumentales que no deja de ofrecer la academia.

Por otro lado, la crítica cultural no debería desatender (sobre todo teniendo en cuenta tanto los aciertos como los errores de experiencias pasadas —me refiero al destino de la “escena de avanzada” como tal) las siguientes áreas: los efectos en las relaciones sociales de las acciones culturales; las articulaciones entre producción, circulación y/o distribución y consumo, es decir, cómo insertarse en el mercado sin quedar atrapado por y en el mismo; los peligros que acarrear las posiciones radicales y/o marginales: o bien ser cooptadas o bien quedar completamente excluidas; la importancia de lo social como marco “totalizable” pero no “totalizador”; un mínimo de institucionalidad no institucionable y de comunicabilidad no reproductora de discursos que clausuren la posibilidad de juego con los significantes; la búsqueda de presupuestos ideológico-culturales de fondo, con la necesidad concomitante de establecer alianzas (políticas) para una mejor comprensión de los procesos de construcción de hegemonías.

Hoy en día es imposible desatender la creciente complejidad e importancia de la dimensión cultural en tanto campo de lucha simbólico-imaginaria en los procesos de construcción de hegemonías socio-políticas. Creo que este es el aporte más significativo que nos brinda el análisis de este “diálogo cómplice”: la necesidad de hacer converger en el análisis de fenómenos culturales tanto elementos socio-políticos e históricos como estético-literarios y filosóficos. No estaría de más enfatizar que una de las consecuencias más inmediatas y fructíferas de este debate fue el surgimiento de la “crítica cultural” como (anti) proyecto teórico-crítico alternativo. Tampoco dejaría de subrayar la importancia del intenso debate que generó en nuestros días, sobre todo en el campo de los estudios en/sobre América Latina, tanto la irrupción de la crítica cultural como de proyectos semejantes —el “subalternismo”, el “postcolonialismo” y los “estudios culturales” —, no sólo a nivel regional (me refiero específicamente a las prácticas intra-América Latina), sino también global (especialmente destacando el intercambio crítico con la academia

estadounidense, aunque muchas veces los intelectuales metropolitanos ignoran los aportes generados en las periferias).

Si bien en palabras de sus principales participantes, Richard y Brunner, los objetivos originales del diálogo-debate se frustraron rápidamente dejando sólo constancia de “meros intercambios protocolares”, su visión y análisis retrospectivos nos permite cartografiar las influencias decisivas de este fugaz acercamiento. Evidentemente, este debate se produce como consecuencia de un contexto socio-histórico particular, la herencia del autoritarismo y la represión de la dictadura pinochetista en Chile. Sin embargo, su relevancia y pertinencia exceden no sólo esos límites espaciales y geo-culturales —la periferia en relación a los centros metropolitanos y viceversa— sino que también desbordan las tradicionales fronteras disciplinarias, especialmente habría que remarcar la necesaria retroalimentación entre las ciencias sociales y las humanidades. Las culturas actuales —tanto periféricas como centrales, marcando por supuesto, sus relaciones de poder siempre disímiles— se caracterizan por su complejo entramado de las dimensiones imaginarias, simbólicas y reales; por sus retorcidas relaciones de poder y autoridad muchas veces opacadas y soterradas por dispositivos ideológicos contradictorios; por sus subjetividades e identidades heterogéneas y cambiantes; por sus paradójicos y aporéticos procesos de hibridez. Ello requiere que analicemos la dimensión cultural no sólo desde distintas perspectivas y posiciones de sujeto sino también que hagamos uso de metodologías, hermenéuticas y herramientas heterogéneas provenientes de varias disciplinas. El desafío de hoy es combinar en forma balanceada los dispositivos de análisis y síntesis (*interpretabilidad de los sentidos*), característicos de las ciencias sociales, a partir de los cuales se provee de marcos de mínima inteligibilidad y comunicabilidad de los procesos socio-políticos, pero siempre alertas y vigilantes a las posibles instrumentalizaciones de discursos uniformizantes y homogéneos, con la creatividad y expresividad estético-literaria (*experimentación con los sentidos*) características de las disciplinas humanísticas, a partir de las cuales se inscriben en los discursos los deseos y fantasías disruptores de subjetividades siempre en proceso de constitución.

Referencias bibliográficas

Brunner, José J. (1988) “Entonces, ¿existe o no la modernidad en América Latina?”. En: Fernando Calderón (comp.): *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna*. Buenos Aires: CLACSO.

Brunner, José J. (1990) “6 preguntas a José Joaquín Brunner”. *Revista de Crítica Cultural*. 1: 20-25.

_____ (1994a) “Las tribus rebeldes y los modernos”. *Nueva Sociedad*, N° 134: 172-175.

_____ (1994b) *Bienvenidos a la modernidad*. Santiago: Planeta.

_____ (1997) “Sobre el crepúsculo de la sociología y el nacimiento de otras narrativas”. *Revista de Crítica Cultural*, N° 15: 28-31.

_____ (1998) *Globalización cultural y posmodernidad*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.

Moulian, Tomás (1997) *Chile Actual: Anatomía de un mito*. Santiago: Arcis/Lom.

Richard, Nelly (1986) *Margins and Institution: Art in Chile Since 1973*. Melbourne: Art & Text.

Richard, Nelly, coord. (1987) *Arte en Chile desde 1973: Escena de Avanzada y sociedad*. Santiago: FLACSO.

Richard, Nelly (1987) “Modernidad/Postmodernismo: un debate en curso”. *Estudios públicos*, N° 27: 307.

_____ (1989) *La estratificación de los márgenes*. Santiago: Francisco Zegers.

_____ (1990) “Estéticas de la oblicuidad”. *Revista de Crítica Cultural*, N° 1: 6-8.

_____ (1994) *La insubordinación de los signos. Cambio político, transformaciones culturales y poéticas de la crisis*. Santiago: Cuarto Propio.

_____ (1998) *Residuos y metáforas. (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición)*. Santiago: Cuarto Propio.

Thayer, Willy (1994) "Una épica deconstructiva". *Revista de Crítica Cultural*, N° 9: 57-58.

_____ (1997) "Cómo se llega a ser lo que se es. (Comentario a *Chile Actual: Anatomía de un mito* de T. Moulian)". *Revista de Crítica Cultural*, N° 15: 62-64.

¹Notas

* Ana del Sarto, *Assistant Profesor en Bowling Green State University*. Correo electrónico: anad@bgnet.bgsu.edu

Del Sarto, Ana (2002) "La sociología y la crítica cultural en Santiago de Chile. Intermezzo dialógico: de límites e interinfluencias". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela.

. Una versión mínimamente editada de este mismo ensayo fue publicada bajo el título "Disonancias entre las ciencias sociales y la 'crítica cultural'. Aportes y límites de un 'diálogo cómplice' " en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Vol 7, N° 3 (2001):259-277. Agradezco a Daniel Mato sus valiosos comentarios a una primera versión de este trabajo.

². La "avanzada" o la "escena de avanzada", denominada desde la sociología como "nueva escena", fue un grupo heterogéneo de artistas visuales y plásticos (Lotty Rosenfeld, Juan Dávila, Virginia Errázuriz, Carlos Leppe, Eugenio Dittborn, Francisco Brugnoli, Juan Castillo, Arturo Duclós, Carlos Gallardo, Claudia Donoso), narradores y poetas (Diamela Eltit, Raúl Zurita, Diego Maquieira, Gonzalo Muñoz), filósofos (Ronald Kay, Pablo Oyarzún) y críticos literarios y culturales (Adriana Valdés, Eugenia Brito, Nelly Richard) reunidos en Santiago de Chile, desde fines de los 70 hasta mediados de los 80, en torno a proclamas rupturistas.

³. En palabras de Brunner, la sociología se encontraría ahora en "una situación donde las múltiples racionalidades sociales ya no pueden unificarse bajo un solo discurso" (Brunner,1990:24).

⁴. Paradójicamente, este texto fue leído el 28 de abril de 1997 con ocasión del 40º aniversario de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). No olvidemos que Brunner había sido su director cuando ocurre el intento de establecer un "diálogo cómplice" entre la sociología y la "avanzada".

⁵. Prólogo de *Chile Actual*.

⁶. Para Richard, dicha "marginalidad [había] sido transformada [por la 'avanzada'] en postura enunciativa: dejó de ser el resultado pasivo de un mero efecto de condicionalidad social, para estetizarse en la cifra de una productividad [...]: desterritorialización" (Richard,1989:13). Es decir, el margen ya no alude al distanciamiento romántico concebido "como externalidad al poder" (Richard,1990:6), sino que sirve "de concepto-metáfora para productivizar el descarte social de la marginación y de la marginalidad, reconvirtiendo su sanción en una *postura enunciativa* y en la *cita estética* de una neoexperimentalidad crítica de los bordes de identidad y de sentido" (Richard,1994:65). En *La estratificación de los márgenes. Arte, cultura y política/s*, Richard reconsidera estas críticas al asegurar que "la figura del margen [torna] productivo el descarte a través de una *estrategia del límite* (en lo político-cultural) y de una *poética de lo minoritario* (en lo estético-simbólico)" (Richard,1989:26).

⁷. Algunos de los registros a los que allude Richard son: 1) "el margen como 'mecanismo de autocertificación' necesitado de 'reconocer el centro [...] de proyectarse en él negativamente para extraer de esta relación de resistencia la negatividad como disciplina, como retórica' (Oyarzún)" (Richard,1989:26); 2) "la expresión 'de una voluntad general de marginalidad como postura' desde la cual [producir] 'el gesto oblicuo a una cierta economía, una sombra ilógica de una cierta lógica dominante' (Muñoz)" (Richard,1989:26); 3) "como 'autosatisfacción de pertenencia' o 'prescindencia de lugar' (Brugnoli)" (Richard,1989:26); 4) "un 'señalarse larva' para los artistas 'afectados por el sostenido impulso paralizante de la institución que los paga como restos o excesos' (Eltit)" (Richard, 1989: 26); 5) "una especie de reducto' o de '*reservation*' para actividades 'reservadas' que terminan por no tener existencia frente a aquellos a quienes 'buscan oponerse' (Valdés)" (Richard,1989:26).

⁸. Este centro de investigaciones surge en 1977. Entre sus investigadores se encuentran: Osvaldo Aguiló, Rodrigo Cánovas, Carlos Cociña, Raúl Zurita. Sus trabajos giraron en torno al análisis sociológico de diversas manifestaciones culturales: artes plásticas y visuales, teatro popular, comunicación social. Para una descripción más detallada, ver nota 13, sección 4 ("En torno a las ciencias sociales; líneas de fuerza y puntos de fuga"). En: *La insubordinación de los signos. (Cambio político, transformaciones culturales y poéticas de la crisis)* (Richard,1994:82).

⁹. Algunos de los proyectos que se desarrollaron a partir de estos centros alternativos de estudios sociales son: Brunner, José y Gonzalo Catalán. *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*. Santiago: FLACSO, 1985; Lechner, Norbert comp. *Cultura política y democratización*. Santiago: CLACSO [Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales], FLACSO e ICI [Instituto de Cooperación Iberoamericano], 1987; Brunner, José, Alicia Barrios y Carlos Catalán. *Chile: Transformaciones culturales y modernidad*. Santiago: FLACSO, 1989.

¹⁰. Por ejemplo, en 1987, con el propósito de celebrar su 20 aniversario, el CLACSO [Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales] organiza una conferencia titulada: "Identidad Latinoamericana, premodernidad, modernidad y postmodernidad" (Buenos Aires, 14-16 de octubre). Las ponencias a dicha conferencia fueron reunidas y editadas en *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna*, en el cual no sólo se hace un balance de las influencias teóricas externas (desde los centros) en América Latina, sino que también se trata de comprender y analizar la situación concreta y específica de la periferia como tal.

¹¹. Sin embargo, según Brunner, en el momento en que "desde Europa se enuncia el fin de la modernidad —con su explosión de formas culturales, predominio del consumo, desaparición de los grandes discursos de fundamentación, crítica de la razón y los valores, heterogeneidad de los componentes nacionales, acelerada internacionalización, pérdida de legitimidades, erosión del espacio público, proliferación de los espectáculos en la política, etc.— nosotros desde América Latina no necesitamos, me parece, hacernos eco de esa problemática" (Brunner 1988, 98).

¹². En este aspecto sigo la definición provista por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en su *Hegemony and Socialist Strategies* sobre prácticas articularias. "The practice of articulation, therefore consists in the construction of nodal points which partially fix meaning; and the partial character of this fixation proceeds from the openness of the social, a result, in its turn, of the constant overflowing of every discourse by the infinitude of the field of discursivity. Every social practice is therefore -in one of its dimensions- articulatory" (113).

¹³. En la entrevista que sostuve con Richard en setiembre de 1997, ella expresó lo siguiente: "En mi último libro, *La insubordinación de los signos*, ya hay un capítulo sobre la relación con las ciencias sociales. Ese libro lo presentó Brunner con un texto, no de réplica, pero sí de comentarios, entre otras cosas, a lo que planteaba ese libro en su interpelación a las ciencias sociales. Entonces, al menos de parte mía hay un tránsito cumplido, en el sentido de que la polémica fue por escrito y que no afectó para nada las buenas relaciones personales".

¹⁴. Si bien la "crítica cultural" se fortaleció al verse obligada a formularse como anti-proyecto, al construir primero a la sociología y, luego, a otras prácticas alternativas (entre ellas los "estudios culturales" y los "estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder"), como su polo de referencia antagónico, tuvo que aceptar y adoptar un mínimo de institucionalidad.

¹⁵. Propuesto luego por Richard en su *Residuos y metáforas*.

¹⁶. Además, sólo cuatro años antes, Brunner había publicado *Bienvenidos a la modernidad*, en el cual comenzaba con este argumento: "la modernidad ha dejado de ser una elección. [...] Viene de la mano con la globalización de los mercados y la democracia" (Brunner, 1994b:17); para concluir que la actual "encrucijada moral" de las culturas periféricas se puede representar como "el dilema del espíritu faustiano del capitalismo": "Quien tiene la fuerza, tiene la razón" (Brunner, 1994b:270). ¿No suena al pragmatismo de la razón cínica a que alude Sloterdijk en su *Critique of Cynical Reason*?

¹⁷. En "Una épica deconstructiva", Thayer argumenta que *La insubordinación de los signos* "se dispone como un punto de vista cuyos enfoques reinstalan, en la escena de la reconstrucción democrática, lo no incluido en ella [...] provocando desajustes inquietantes en la memoria transicional: especialmente, en su voluntad de olvido" (Thayer, 1994:57). Según Thayer, este texto constituye una épica porque su tono es moderno; no obstante, es una "épica deconstructiva", ya que "rehuye y vapulea los teleologismos y las filosofías de la historia" (Thayer, 1994:57), y avanza desconstructuyendo cada encuentro, diálogo, debate, aunque "sin origen ni meta" (Thayer, 1994:57).